

## PREFACIO

Dr. Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse y  
Dra. Adriana Gil-Juárez.<sup>1</sup>

Entre el momento en que se programa un conversatorio y el momento de su publicación, el mundo avanza inexorablemente. Casi sin nosotros, que anclados en el pasado de la conversación que tuvo lugar queremos seguir pensando como si todo siguiera igual. Pero entre 2022 y 2024 el mundo ha cambiado para siempre. El proyecto colonial europeo del Estado de Israel se ha mostrado a cara descubierta, sin temor y sin vergüenza. Y la pregunta de Adorno, ahora ya será, para nosotros y las siguientes generaciones, si se puede seguir escribiendo después de Gaza. Aunque esta vez ya sabemos que la respuesta es que sí, vamos a escribir después de Gaza porque ya lo hemos hecho, porque ya hemos escrito después de Auschwitz, y no solo poesía, sino novela, narrativa, memoria, cine, teatro, danza, noticias y, por supuesto teoría social. Hemos escrito de todo para que no volviera a suceder, pero vuelve a suceder y por lo que parece volverá a suceder. Entonces, la pregunta hoy es otra, es más bien quién es este sujeto que se permite el lujo de escribir sabiendo que es un gesto inútil. Capaz de contar el horror con detalle, de considerarlo efable, de mostrarlo en los medios y en las redes cada día, de intentar explicarlo, incluso comprenderlo. Este sujeto que lo produce y lo consume. Lo engulle y sale a pasear.

Este sujeto que somos nosotros. Nosotros los que cada día matamos y morimos en Gaza. Atacamos y huimos. Disparamos y somos heridos. Quemamos y somos volatilizados en cenizas. En esta idea de que somos la víctima y el agresor está la pregunta de la construcción actual del sujeto autoritario. Somos esta víctima que sufre y desaparece. Somos este cuerpo humano que mira y ve y recuerda. Somos los que tendremos la obligación de recordar y de animar al recuerdo a aquellos cuerpos que habrán sobrevivido. Seremos el cuerpo que sufre para recordar. Pero no solo. También estamos siendo el sujeto que cumple órdenes en Israel, en Europa y en América. Todos estos sujetos que obedecemos las órdenes de los medios de comunicación: mírame y deja de pensar. No pienses en otros mundos posibles porque no existen, porque no tienes tiempo para

---

<sup>1</sup> Joel Feliu i Samuel-Lajeunesse es doctor en Psicología Social, profesor titular en la Universidad Autónoma de Barcelona y coordinador del “Master universitario en investigación e intervención psicosocial”. Adriana Gil Juárez es doctora en Psicología Social, profesora agregada en la Universidad Autónoma de Barcelona y coordinadora de prácticas en Educación Infantil en la Facultad de Ciencias de la Educación de la misma casa de estudios.

imaginarlos antes que estalle otra bomba. No los construyas porque te mandaremos la policía. No te atrevas a desobedecer porque esa es mi ley.

La ilusión del sujeto coherente de la modernidad, el que era capaz de escribirse una autobiografía y al releerla verse a sí mismo y entenderse, ha desaparecido. Ninguno de nosotros podrá mirar a los ojos a sus nietos y decirle que no sabíamos, que siempre fuimos de izquierdas, que siempre hicimos todo lo que pudimos porque era nuestra obligación, nuestro compromiso moral. No. Seremos, ya somos, los que bajaron los ojos, incluso seremos aquellos a los que les pareció bien lo que pasaba mientras no pasara en el centro del mundo, mientras las víctimas fueran musulmanas. Nuestra biografía no será coherente, será una literatura del sin sentido, de la contradicción, de la complejidad como excusa para la inmovilidad.

Seremos víctima y sujeto autoritario al mismo tiempo. Es nuestra carne la que es despedazada en Gaza igual que son nuestras armas las que la acribillan. Y no vendrá ninguna teoría, crítica o no, a consolarnos en el intento de explicación. Porque no somos ingenuos. Porque ya somos capaces de contemplar el horror sin contemplar la alternativa. Porque aceptamos, sumisos, que no podemos hacer nada. Y es ahí, en este punto, en que renace de las cenizas de Gaza, el ave fénix de la personalidad autoritaria. Siempre dispuesta a ser llamada para defendernos, para excusarnos, para decir que el Otro lo merecía, porque intentó existir pese a nuestras órdenes de desaparecer.

Y sabíamos que lo haríamos, porque ya lo habíamos hecho, no solo en Auschwitz, si no mucho antes. Llevamos haciéndolo desde la colonización europea del mundo. El campo de concentración y el exterminio son el sello europeo. De estos europeos que aceptamos la construcción de nuevos campos de concentración en nuestras fronteras para encerrar a las personas que huyen de la miseria. De estos europeos que no solo vivimos en Europa, sino que estamos en todos los continentes, migrantes, hijos o nietos de migrantes, en África y en América y en Asia, y claro también en Oriente medio.

La extinción es el proyecto y el destino. Extinción de todo proyecto divergente, de toda humanidad alterna, viva donde viva, incluso si vive en la misma Europa y habla una lengua no oficial o profesa otra religión o tiene otras costumbres que se puedan situar fuera de los estrechos márgenes de la historia oficial. El proyecto nacional de cada Estado, que nos hace nacionalistas a nuestro pesar, que nos hace fascistas, aunque no queramos, es el molde de cada uno de nosotros. Es el molde de nuestra subjetividad crítica, producto de la Europa moderna y racional, que simultáneamente critica el estado de las cosas, critica la desigualdad, critica el capitalismo y critica al otro por ser o querer ser otra cosa, y en su

crítica lo clasifica, lo pesa, lo mide y lo concentra. En esa crítica que es también un proyecto de discriminación por ser un proyecto de conocimiento. Una clasificatoria.

Nunca más seremos uno. El estallido de los cuerpos se corresponde punto por punto, órgano con órgano, con el estallido del espíritu. Convivirán en nosotros el capitalista canalla, el soldado obediente, el diseminador de odio, el judío asesinado en el campo de exterminio y el niño gazatí que lo hizo en su ciudad. Todos incorporados, presentes en nuestra ansiedad incurable que es mente y cuerpo, espíritu y sociedad. Y a la que podemos llamar subjetividad autoritaria: fascista y miedosa, ordenada y sufriente, patriarca y víctima. Eso a lo que Adorno llamó personalidad, pero que no estaba oculto en nuestro interior, sino dibujado en las paredes de nuestras casas. A la vista de todos.